

# CAMPAMENTO EN MAR Y TIERRA

## MEDITACIÓN DEL MEDIODÍA

En esta hora del mediodía la playa caliente de sol y festoneada de espumas, es el primer plano de una marina verdeazul que rompe su alisada palma en la gran piedra negra que es, en la distancia, la gran piñota de Santoña. La costa se abre en una larga línea canela por la izquierda que se oscurece por los filos de Colindres. Y a la derecha está el puertín marinero de Laredo, como un pequeño hoyo en el mar, donde cabecean las barcas y despeinan sus humos de salida los boniteros. Aquí en Laredo es donde vive, al sol y a los vientos, el primer campamento de la Falange Femenina.

Laredo es un pueblo claro de la costa cántabra, que se tira, en cuesta, sobre la marisma, como desprendido de las estribaciones del Candina. Huele a salazón, a yodo y a heno. Es una maravillosa mezcla de tierra y de mar bajo cuyas coordinadas el vecindario junta a su pie pescador su mano labradora. La playa es como su atrio; la campa de altos álamos, su zaguán. De aquí que estas pequeñas mujeres de la Falange que yo veo retozar por la playa y zambullirse en la fresca sombra de las alamedas al llegar a sus casas castellanas, de tierra adentro, llevarán un poco de mar y un poco de monte pegados al tesoro de su fortaleza joven, bendecirán a quien se lo dió y sabrán en el sueño despierto de una felicidad antes inalcanzable.

Estos eran mis pensamientos, casi mi meditación del mediodía, sentado frente al mar, sobre la arena removida, mientras ellas cruzaban ligeras por mi lado, colgando en las transparencias del aire sus mejores risas y grabando en la costa, como estrellas multiplicadas, las huellas, en dúo, de sus pies descalzos.

He venido a visitar su campaña de verano, a meterme por unas horas dentro de sus vidas, a ver lo que hacen, a saber lo que sienten estas niñas mujeres en cada una de las cuales creo descubrir algo de mis propias hijas. Ahora están terminando su baño y hay aún en las gotas brillantes, sobre los cabellos de las que ya han pisado la arena caliente, como un signo del mar estremecido. ¿Acaso no era que se reía también en nuevo gozo el mar al recibir la risa de quienes le entregaban la esperanza de las madres, novias y esposas del futuro? Sobre el torso vivo de aquellas aguas, los hombres de la Falange austera habían abanderado, no hacía mucho, sus «bous» y sus escamparias para la guerra. Y unos cayeron en gloria y otros, a los que libró el destino, sobreviven aún al sacrificio. Pero, allí fué, sobre la llamarada marina de aquella plaza cántabra, tabla y decorado de iguales abnegaciones. Por eso yo veo en esta entrada devota de la falangista en las aguas del Norte como la entrega al mar de un ofrecimiento en gratitud que le lleva la eterna camarada.

Y he allí una niña que con los pies aún en el agua, cara al gran infinito, se persigna con agua marina. Es que hay algo ya en su estilo y en su precoz intuición que le dice que aquellas aguas están bendecidas por mil heroísmos aún incontados.

## VIRTUDES DE FORMACIÓN

Cuando Carmen Werner, la Regidora Central de Organizaciones Juveniles, pudo entrever la gran conquista que sería para sus muchachas la captura de estos campamentos de verano, aun todo era una cifra sólo proyectada sobre el mañana. Y hoy esa cifra es una de las más óptimas realidades con que se engalana el blasón falangista. La tenacidad y la labor callada es lo que hoy ha floreado en este litoral cántabro.

¿Programa? ¿Formación? ¿Escuela? Esto ya ha dejado de ser en España el tópico de los enredapueblos. La Falange Femenina Española y Tradicionalista de las J. O. N. S., ha anclado, al fin, en el puerto. El programa, la formación

y la escuela aunque no vinieran en letra ni existieran en el espíritu, están aquí, en este campamento femenino de Laredo en el que el vivir es ya una bendición. En el gesto, en el movimiento, en la mirada, en el afán suntuosamente desplegado de cada «flecha» palpita ya, es como una anunciación, el credo indeclinable de la Falange.

Son más de un centenar de muchachas, en su mayoría castellanas de Valladolid y tierra de Campos, las que pueblan este primer campamento costero con la nota típica de sus trajes regionales. Falda en frunces volados, el justillo vivo, el blusón blanco y el pañolín sobre los suaves hombros.

Vedlas corretear contentas de sí mismas. Y en ellas, ya apuntado, el tipo de la muchacha alegre, fuerte y deportiva.

Observad el ademán diferente entre ellas. Es que unas son de la ciudad y otras de tierras hortelanas. Van juntas, muy juntas: ríen con la

misma risa y miran con la misma mirada. Y se parten el mismo rayo de sol y el mismo trozo de aire. Campo y ciudad estrechamente unidos. ¡Que todo es España, madre!

En la campa juegan y pasean entre los árboles las falangistas costeñas de Laredo y las recién llegadas de la zona interior. Y cambian ansias, costumbres, sueños y recuerdos. La meseta junto al litoral, como la empuñadura junto al acero, y todo hace la espada. Las regiones se conviven, se conocen, se aprenden, terminan amándose. Y estas de Laredo... ¡Ah! Estas a las tierras secas, en un intercambio justo y compensador, para que también la costa llegue, por la Falange, al corazón de las mesetas, al río y a los predios.

¿Véis cómo la Falange enseña, como Teresa de Ávila, sobre libro abierto?

La vida y el amor, vetas de virtudes de formación.

